

Homilias Sagrada Familia

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas.

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua.

Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

Al verlo, se quedaron atónitos, Y le dijo su madre: -Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.

El les contestó: -¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir.

El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Palabra del Señor

Homilias

(A)

Es conocida la condición de Arquímedes para mover el globo terráqueo: "Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra". En el orden psicológico, eclesial y social, ese punto de apoyo es la

familia. De familias sanas, llenas de vitalidad, nacen personas nuevas, una nueva Iglesia y una nueva sociedad. Precisamente para alentar la vida de familia y ayudarla a crecer, en estos días, tan hogareños, la liturgia nos presenta a la familia de Nazaret como referencia para todas las familias cristianas.

Encuestas y estudios sociológicos sobre los *valores de los españoles* revelan que *la familia ocupa el primer lugar*.

No nos engañemos, pase lo que pase y se diga lo que se diga: *la familia es insustituible*. El consejo del padre, el cariño de la madre, la observación del hermano, las cuitas y las alegrías compartidas en común... todo esto viene a definir el carácter y a preparar moralmente al hombre y a la mujer que uno va a ser el día de mañana. Sin duda, el futuro de la Iglesia depende también, en gran medida, del grado de salud de la familia.

La tarea pastoral, de evangelización y catequesis, sobre todo a nivel de niños y de jóvenes, sin el protagonismo educativo de la familia, es construir sobre arena. Así se suele decir: que "Catequesis sin familia es catequesis sin futuro".

Para que la familia sea fiel a sí misma y cumpla su misión, ante todo ha de realizarse como *comunidad de amor*. Y para lograr esa *comunidad* es imprescindible poner en práctica algunos medios:

- *La convivencia*. El piso, la casa, no puede ser sólo una pensión. La "convivencia" no consiste sólo en "estar en casa", sino en compartir la vida. No es cuestión de estar sólo de "cuerpo presente" sino también con toda el alma. Un miembro de una comunidad cristiana me contó esta experiencia: "Llegué a casa a eso de las once de la noche, después de una jornada bastante intensa. Después de saludar a la mujer ya los hijos, les anuncio: 'Mañana tengo que ir a Madrid en viaje de negocios'. Los dos hijos (la hija de ocho y el hijo de once) protestan: ¡f!jO!, papá, no te vemos nunca'. Les explico: 'Es que tengo que trabajar mucho. Ahora mismo necesitamos mucho dinero. Tenemos que arreglar la casa del pueblo, hay que terminar de pagar el piso,

hay que cambiar de coche; y vosotros estáis en una edad en que empezáis a necesitar muchas cosas'... 'No, papá, le replican al instante, nosotros no necesitamos muchas cosas; te necesitamos a ti'. De momento, sus palabras me resbalaron. Pero, cuando estaba acostado, empecé a darle vueltas. Se lo comenté a mi mujer, que me dijo con retintín: 'Los chicos tienen toda la razón del mundo'. Las palabras de mis hijos, rematadas por la madre, fueron para mí una verdadera locución divina; a partir de ahí, mi vida familiar dio un gran vuelco. Empecé a tomar en serio la convivencia con los míos".

- *El diálogo*. Sigue siendo una asignatura pendiente.

Especialmente en las parejas y entre padres e hijos... sobre todo cuando éstos se han hecho jóvenes...

Hace unos años se publicó un libro en Francia que no tiene desperdicio: "Yo, tu madre"... Y en él se dice entre otras cosas...

"... La comunicación con los hijos no es sólo difícil, sino imposible. Se cierran en banda. Son impenetrables. No piensan más que en ellos mismos.

Exigentes a la hora de comer y vestir. Vuelven por la noche cuando quieren. Se levantan cuando les place. No atienden al horario de comidas en casa.

Van siempre a lo suyo. No echan una mano para nada. No arriman el hombro en casa. Gastan el dinero que sonsacan a sus padres con mil tretas y hasta con chantajes.

No son capaces de buscarse un trabajo por ahí; son los padres los que tienen que estar pendientes de la prensa para ver si sale algo que pueda interesar a los hijos desempleados.

Viven a gusto en casa, a sus anchas, como niños grandes, pero a costa de la desazón de los padres a los que hacen sufrir.

Están muy bien viviendo con la familia; sin problemas de alojamiento y de comida, con la nevera siempre a punto, sin impuestos, sin facturas, con la mamá-chacha a su disposición, con el teléfono que pagan los viejos.

Si quieren hacer su vida de acuerdo con sus ideas, que la hagan como los adultos, por su cuenta y riesgo. Y que nos dejen en paz a nosotros, los padres..."

Es sin duda, una clara denuncia de lo que pasa en muchos hogares nuestros... ¿A que sí?...

Si nuestras familias quieren ser comunidad de amor... es necesario, que en ella se den...

- *Expresiones de afecto*. Es decisivo el lenguaje de los signos, de los gestos, de los pequeños detalles... Escribía Martín Descalzo: "El verdadero amor, con frecuencia, no se expresa con grandes gestos, entregas heroicas, sacrificios espectaculares, sino por la pequeña ternura empapada de imaginación. Eso que en castellano denominamos con tanto acierto los *detalles*... Por eso me preocupa cuando una mujer me dice que su marido *no tiene nunca un detalle*. Esto es signo de que ese matrimonio está siendo invadido por el aburrimiento, carcoma del amor. En cambio, un detalle inteligente puede llenar más el corazón que el más espléndido de los regalos.

La Sagrada Familia nos evoca que la familia es sagrada. Y, por ello, hay que concederle el lugar primordial que le corresponde. Y esta fiesta litúrgica en medio de la Navidad puede ser una buena ocasión para la reflexión y la mejora del clima hogareño de nuestras familias...

(B)

Sin duda, es siempre tentador para toda familia encerrarse en su propia felicidad. Tratar de construir un "hogar feliz", de espaldas a la infelicidad de otras familias o de otros hombres y mujeres, privados incluso de hogar.

Entonces, se vive el amor "de puertas para adentro". Se estrecha la solidaridad a los límites de la familia. Y la "gratuidad" queda

reducida al mundo privado de los intereses familiares. El amor no supera los lazos de sangre.

Naturalmente, esto sólo es posible en una postura de evasión y desentendiéndose de los problemas y sufrimientos ajenos.

Nos mantenemos al margen, sin hacernos responsables de los problemas de los demás y sin interferirnos nunca en sus alegrías ni en sus penas. "Cada uno en su casa y Dios en la de todos".

Con frecuencia, el deseo sincero de muchos cristianos de imitar en el propio hogar a la Familia de Nazaret ha ido acompañado de este ideal de lograr una armonía y felicidad familiar. Y esto es bueno, sin duda, es necesario.

Pero sería una equivocación creer que es esto lo único que la familia cristiana tiene que escuchar en el evangelio de Jesús.

El amor cristiano no conoce límites ni puede quedar restringido egoístamente a las fronteras del propio hogar. Según el evangelio, "el discípulo debe orientar su solidaridad no hacia los miembros del círculo familiar, sino hacia los desgraciados de la tierra".

Nos lo recordó Juan Pablo II con palabras que deberían tener un eco especial en los hogares cristianos en estos momentos de dificultades económicas: "Vosotras familias que podéis disfrutar de bienestar, no os cerréis dentro de vuestra felicidad; abridlos a los otros para repartir lo que os sobra y a otros les falta".

El hogar cristiano debe estar abierto no sólo para acoger a los necesitados sino también para que sus miembros salgan a responsabilizarse y comprometerse en el esfuerzo por una sociedad mejor.

Una familia atenta a los dolores de la humanidad, dispuesta a compartir con los necesitados y comprometida en la medida de sus posibilidades en la lucha por mejorar la convivencia social, podrá sufrir por ello repercusiones dolorosas en el interior del mismo hogar, pero está caminando hacia la verdadera felicidad cristiana.

(C)

Bajó con ellos a Nazaret

Estudios recientes lo afirman. No hay ningún grupo ni ámbito social mejor dotado que la familia para ofrecer al hijo una experiencia positiva en la que arraiguen los valores y la vivencia religiosa. En lo religioso, nadie deja huellas tan profundas como la familia.

La razón de fondo es sencilla. La familia puede ofrecer al niño «experiencia religiosa», pero en un clima de afecto y confianza que cualquier otro grupo difícilmente puede asegurar. En el hogar, el niño puede captar conductas, valores, símbolos y experiencias religiosas, pero no de cualquier manera, sino con afecto.

Todos los estudios apuntan hacia la misma dirección: la fe depende, en buena parte, de que la persona haya tenido desde la infancia una experiencia religiosa positiva.

El individuo vuelve, casi siempre, a aquello que ha vivido en sus primeros años con satisfacción, seguridad y sentido gratificante. Por el contrario, si falta esta experiencia religiosa en el hogar, será difícil despertarla más adelante en otros ámbitos como la parroquia o el centro educativo.

Por eso, es una gracia para el hijo poder ver a sus padres rezando. Si los ve orar de verdad, quedarse en silencio, cerrar los ojos, desgranar las cuentas del rosario o leer despacio el evangelio, el niño capta la importancia de esos momentos, percibe «la presencia» de Dios como algo bueno, aprende un lenguaje religioso y unos signos que quedan grabados en él, interioriza unas actitudes y se va despertando en su conciencia el sentido de Dios. Nada puede sustituir esa experiencia primera.

Cada familia creyente ha de encontrar su estilo concreto de orar en casa. Es más fácil estar junto al hijo pequeño, acompañándolo en su oración y enseñándole a dar gracias a Dios al final del día, a pedirle perdón, a invocarlo con confianza. Con los adolescentes y jóvenes será más importante preparar una oración sencilla en días señalados: cumpleaños de algún miembro de la familia, aniversario de la boda de los padres, antes de salir de vacaciones, al comenzar el curso, en la enfermedad grave de alguno, en la Nochebuena.

Son muchas las costumbres religiosas que se han perdido en el hogar. No es cuestión de restaurar el pasado. Difícilmente se rezará hoy el rosario de manera habitual en nuestros hogares invadidos por la TV.

Hemos de encontrar nuevas formas, sencillas y convincentes, de vivir la fe en el hogar. He aquí una costumbre fácil de introducir en la familia de hoy. Al final del día, cuando se va a apagar el televisor y todos se disponen a descansar, la familia puede reunirse en la sala. Sólo unos momentos breves para dar gracias a Dios por el día, rezar juntos el «Padre nuestro» y desearse un buen descanso. ¿Es tan difícil?

(D)

NIÑOS POCO QUERIDOS

Casi siempre se considera que la infancia es la época más feliz de la vida. Al menos, eso es lo que los adultos imaginamos. Pero, ¿es realmente así?

Es cierto que el niño parece con frecuencia feliz por su gran capacidad de disfrutar de casi todo con asombro. Ese mundo de juegos y ensueño que lleva dentro, esa fantasía que envuelve su vida le permiten moverse, reaccionar, pasar rápidamente del llanto a la risa.

Pero son muchos los niños que sufren, precisamente porque los adultos no sabemos acercarnos a ellos y cuidar mejor su felicidad.

Al niño se le mimaba, se le manipula, se le golpea y se le besa. Se le obliga a comer y se le manda callar. No se le escucha; se le amenaza, se le intenta programar para que diga y haga lo que queremos los mayores. Frecuentemente, se le agobia con libros, estudios y deberes. Se le restringe su tiempo de juego y fantasía. Se ahoga su creatividad y se le pide comportarse como adulto. Y luego están los niños maltratados con el peor de los abandonos que es el tenerlos cerca y no atenderlos ni cuidarlos. Los niños que no reciben besos como premio, pero sí bofetones como castigo. Los que viven defendiéndose como pueden en medio de esa tragedia que es una pareja mal avenida. Los niños no amados, que son una carga para sus padres.

Y esos niños atropellados por las tremendas agresiones de los adultos. Y los niños que piden limosna por las calles, envueltos en roña y cubiertos de costras y sabañones. Niños mal alimentados. Con poca comida y menos cariño. En esta festividad de la Sagrada Familia en que recordamos a María y José defendiendo a su pequeño del atropello y la violencia, yo quiero rendir mi homenaje a esos padres de paciencia casi infinita, que saben estar cerca de sus hijos. Padres que al llegar a su casa, dejan que sus hijos se les cuelguen del cuello. Madres que saben «perder tiempo» jugando con su niño. Esos hombres y mujeres a los que apenas nadie valora, pero que son grandes porque saben respetar, cuidar y hacer felices a sus hijos.

Aunque no lo sepan, están contribuyendo a hacer un mundo más humano porque a un niño feliz siempre le será más fácil ser un día un hombre bueno.

(E)

Entre no pocos padres se ha extendido una sensación de pesimismo y desaliento. Es problemático lograr una convivencia

sana y gozosa en el hogar. Por todas partes se habla de crisis de la familia y se apuntan toda clase de dificultades. Sin embargo, psicólogos y pedagogos siguen recordando las grandes posibilidades de la familia. Eso sí. Los padres han de cuidar algunos aspectos básicos.

Lo primero es que los padres se quieran de verdad, y que los hijos puedan verlo. Saber y experimentar que los padres se quieren es el mejor regalo para los hijos. La base para crear un ámbito de confianza y seguridad donde los hijos puedan crecer de manera sana. Los psicólogos insisten en que también hoy la persona vuelve, por lo general, a aquellos valores, experiencias y actitudes que vivió con gozo y satisfacción en los primeros años de su vida. Naturalmente, es decisivo el afecto de los padres hacia sus hijos: el cariño, la atención a cada uno, el interés por sus cosas, la cercanía. Para un hijo, lo más importante es que el padre y la madre le dediquen tiempo a él solo. Los lazos que se crean en ese encuentro a solas son más decisivos que todas las discusiones que se tienen a lo largo del día. El futuro de los hijos que se sienten queridos así por sus padres es siempre más sano y positivo.

Es importante también crear en casa un clima de comunicación. Esto exige eliminar lo que puede generar desconfianza, agresividad o autoritarismo. Pide también momentos de encuentro, un cierto control de la TV, salidas de toda la familia junta. Es cierto que la vida moderna hace más difícil la convivencia en familia. Pero lo más importante no es sacar tiempo para estar juntos, sino que, cuando la familia esté reunida, se puedan encontrar a gusto, en un clima de confianza y cercanía. Difícilmente van a encontrar los hijos un clima semejante en la sociedad actual.

Los padres han de cuidar también la coherencia entre lo que piden a sus hijos y lo que viven ellos mismos. El padre y la madre pueden cometer errores y tener momentos malos. El hijo sabe que tampoco sus padres son perfectos. Lo importante es que pueda ver en ellos un esfuerzo honesto por vivir según sus

propias convicciones. Es esto lo que convence y da autoridad a la palabra de los padres.

Unos padres creyentes, preocupados por crear este clima en su hogar, pueden, al mismo tiempo, darle un carácter cristiano. Es mucho lo que se puede hacer, desde ensayar una oración en pareja y enseñar a rezar a los hijos pequeños, hasta cuidar los signos religiosos en casa o compartir la fe en momentos señalados.

La fiesta litúrgica de la Sagrada Familia puede ser, en estas fiestas de Navidad, una buena ocasión para la reflexión y la renovación del clima familiar.

(F)

Una joven pareja entró en el mejor comercio de juguetes de la ciudad.

Hombre y mujer se entretuvieron en mirar sin prisas los juguetes de colores alineados en las estanterías, colgados del techo, en alegre desorden sobre las mesas. Había muñecas que lloraban y reían, juegos electrónicos, cocinas en miniatura donde se hacían tartas y pasteles. No llegaban a decidirse. Se les acercó una dependienta muy simpática.

-Mire -explicó la mujer-, nosotros tenemos una niña muy pequeña, pero estamos casi todo el día fuera de casa y, a veces, hasta de noche.

-Es una cría que apenas sonrío -dijo el hombre.

-Quisiéramos comprarle algo que la hiciera feliz -añadió la mujer, incluso cuando no estuviéramos nosotros... Algo que le diera alegría aún cuando estuviera sola.

-Lo siento -sonrió la dependienta con gentileza-, pero aquí no vendemos padres.

Si unos padres no están dispuestos a perder el tiempo jugando con sus hijos, no pueden ser unos buenos padres. Aunque se desvivan trabajando para pagarles los mejores cursos y los

mejores colegios... Es necesario la presencia y los gestos que vayan calando...

Rosario Bofill cuenta en un precioso libro -Tiempo de Dios- una experiencia que seguro que comprenderán y compartirán muchas madres de familia. Un día, cuando sus hijas eran ya mayorcitas, quiso comprobar qué había quedado de su educación en los años infantiles. Durante ellos, Rosario se había esforzado por meter en las cabecitas de sus hijas algunas frases que esperaba fuesen, para ellas, fundamentales. Palabras como «gracias» o «perdón» se las repitió tercamente en aquellos años, confiando en que quedarían impresas en la blanda cera de sus almas infantiles. Pero cuando quiso comprobar qué había quedado de todos aquellos consejos, comprobó que sus hijas no recordaban ni una sola de aquellas frases que ella esperaba fuesen decisivas.

De pronto, una de las niñas dijo: «Lo que yo sí recuerdo muy bien son los calcetines.» Ahora la sorprendida fue la madre. «¿Qué pasaba con los calcetines?» La pequeña lo explicó: «Tú venías por la mañana a despertarnos. Nosotras estábamos aún llenas de sueño y de pereza y sacábamos sólo un pie entre las sábanas. Entonces tú nos ponías un calcetín. Luego sacábamos el otro pie y nos ponías el otro, mientras nosotras nos íbamos despertando. De eso sí tenemos un buen recuerdo.»

La madre se quedó pensando que las palabras eran sólo palabras y se las llevaba el viento. Y que, en cambio, un gesto de amor queda para siempre.

Ahí está la clave de toda educación. Y de todo influjo en los seres humanos. Los niños -que son mucho más listos de lo que creemos- lo saben muy bien y distinguen perfectamente entre las palabras bonitas y la gente que les quiere de veras. Pero los adultos parece que no queremos enterarnos. Y un día nos sorprendemos al ver que los pequeños se han quedado con todo lo que menos esperábamos.

Recuerdo de mis años de profesor que mis alumnos se combinaban para sacarme siempre, al principio, todos los temas imaginables de conversación para acortar así el tiempo de la clase y retrasar, sobre todo, mis preguntas. Yo era perfectamente consciente de sus intenciones, pero no me preocupaba «perder» diez minutos de explicaciones para charlar con ellos sobre los sucesos del día. Hablábamos de la vida, del mundo, y yo siempre pensé que enseñar lengua no era sólo explicarles las formas de expresión, sino ayudarles a comprender lo que les rodeaba. Y muchos años después, charlando con mis antiguos alumnos, he comprobado que a todos les eran más útiles aquellos minutos «perdidos» que todas mis explicaciones teóricas posteriores. Aunque sólo fuera porque en aquellos prologuillos de la clase yo conseguía ser su amigo además de su profesor.

Hemos creído demasiado, me parece, en las ideas y poco en las vivencias, olvidando que el hombre es mucho más que su cabeza.

Y no hemos querido entender -tal vez porque las palabras son más cómodas que las acciones- que a todos nos sale por un oído lo que por el otro nos entra y que, en cambio, permanece lo que nos entra por los ojos y se queda en el corazón.

Por eso, los que se dedicaron a sembrar las infancias de sus muchachos de gestos de amor saben que, antes o después, cuando pase el tiempo de las palabras, cuando el viento se lleve las ideologías que alguien las prendió con alfileres, lo que les quedará en el recuerdo serán aquellos gestos, el cariño con que pusieron unos calcetines, la ternura que hubo durante una enfermedad, el amor silencioso de las horas oscuras.

Cierro ahora mis ojos y os invito a cerrar los vuestros: ¿Qué queda de nuestra infancia?

Nada recuerdo de los verbos irregulares, seguro que no sé resolver los quebrados, me atascaría en la lista de los ríos de Europa. Pero no se me olvidó ni uno sólo rostro de los que me quisieron y me enseñaron a ser feliz.